

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

DOCTOR D. LUIS JOSÉ DE LA PEÑA

EN EL ACTO DE LA CLATURA DEL

CURSO DE FILOSOFÍA

EN LA

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



A Don
Florencio L. Laminguier
y a su condiscipulo en Filosofía
BUENOS AIRES

Imprenta AMERICANA, calle de San Martín N. 110

1866



DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

Cup 405.C.77.

DOCTOR D. LUIS JOSÉ DE LA PEÑA

EN EL ACTO DE LA CLAUSURA DEL

CURSO DE FILOSOFÍA

EN LA

B^{AS}

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Fac de Pil y Letras



BUENOS AIRES

Imprenta AMERICANA, calle de San Martín N° 120

1866



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CURSO DE FILOSOFIA
DOCTOR D. LUIS IGLES DE LA RENA



DISCURSO PRONUNCIADO

EN LA

CLAUSURA DEL CURSO DE FILOSOFIA

Homo, naturæ minister et interpret,
de naturæ ordine tantum scit, et potest
quantum observaverit; nec amplius scit
aut potest.
BACON. (Nov. Org. I.)

Señores y amigos:

Hemos recorrido una larga y difícil carrera, para darnos cuenta, en cuanto es posible, del problema fundamental que comprende en sí, todos los problemas que encierra el Universo—El hombre—

¿Qué es el hombre? ¿De donde viene? ¿Adonde se dirige?
¿Cual es su destino? ¿Cuales los medios de llegar a él?—
¿Que es el bien, que es la felicidad?

Hemos recorrido los siglos: hemos evocado los genios de todas las edades: y a cada uno hemos dirigido las mismas cuestiones. A todos hemos pedido sus luces, con todos hemos tomado parte en sus investigaciones, y a ellas hemos añadido las nuestras propias, quizá menos felices, menos fecundas, pero no menos necesarias, por que solo a condición de conocernos y de observarnos puede esperarse la solución, del doble problema que encierra nuestra inteligencia: a saber, los principios que la constituyen y la aplicación de los principios a la formación de ella misma.

Al poner termino a estas tareas, que nos han sido comunes, y antes de desligar nuestra inteligencia del hábito de solidaridad contraída, para dejarla entregada a su individualidad, os

invito á pasar en revista el camino que hemos recorrido y dejar trazado el Cuadro Sinoptico de nuestra marcha, que en toda situacion pueda conducirnos al conocimiento, á la *verdad*, á la *bien*.

Cuando emprendimos juntos esta árdua tarea, debimos partir de la significacion que podia darse á la palabra *Filosofia*. Es el nombre consagrado para designar el estudio á que nos dedicamos.

Pero la conformidad puede encontrarse, y se encuentra muchas veces, en la palabra, sin que la haya completa en las ideas. Y esto es tanto mas factible cuanto el nombre viene trasmitiéndose de un idioma á otro, sin fijar bien, y sin determinar su significado primitivo.

Si escuchamos á Platon « los hombres no serán felices sinó cuando sean gobernados por Filósofos ».

Tenemos pues á la *Filosofia* constituida sobre un trono. Pero adelantemos hasta encontrar á Rousseau, y oiremos con sorpresa:—« ¿Cual es el Filósofo que no sea capaz de sacrificar la Humanidad entera al interes de su propia gloria? »....

La *Filosofia* ha descendido de la elevacion del trono hasta la ignominia del cadalso.

Entre tales extremos no hay conciliacion posible.

Si recorriésemos toda la série de definiciones de la *Filosofia*, llegaríamos á la conclusion del célebre filósofo de nuestro siglo, que supo reunir á la exactitud matemática de Condillac, toda la poesia del lenguaje de Mallebranche (1). La definicion de la *Filosofia* se ha hecho imposible Preciso es renunciar á pretenderla. Pero si no es razonable prescribir lo que se debe entender por la palabra *Filosofia*, se nos permitirá al menos manifestar el significado que nosotros le damos.

Una definicion es una *Sintesis* que solo puede hacerse exacta y completa despues de la observacion en detalle de todas las ideas que debe comprender. La definicion de la *Filosofia* será hecha hoy por vosotros mismos. Nos limitaremos entonces á dar al nombre la significacion que le asignó el génio de Pitágoras, y que le conservaron Platon y Aristóteles—amor á la ciencia: investigacion sobre la ciencia—la curiosidad aplicada á resolver esta cuestion:

« ¿Existe la ciencia? ¿cual es su objeto? ¿cuales son sus condiciones y sus medios? »

(1) Mr. Laromigniere—Véase el juicio sobre sus lecciones de Mr. Fontanes.



Pero la ciencia solo puede hallarse en la facultad de conocer; por consiguiente, la apreciacion de esta, el alcance de sus leyes, debió ser el objeto de la *Filosofia*. Debe ser el exámen, y la crítica de todo principio, de todos los conocimientos. Su base, la razon humana: su objeto, todo lo que es dado conocer; el Universo entero, y la causa productora del universo mismo.

Bajo este punto de vista el estado de la inteligencia se nos presenta, como estudio de una fuerza que es preciso observar en sus tendencias, en su desarrollo, en los resultados que produce y en los medios que puedan estender y perfeccionar esos mismos resultados.

La *Metafisica*, ó si quereis mejor la *Sicologia* la *Ideologia*, la *Lójica* y la *Moral*, son los nombres consagrados para designar esas diversas clasificaciones del estudio.

Pero no olvideis el lenguaje. Inseparable del pensamiento, se presenta siempre como su forma externa, hace su analisis y espresa su sintesis—es su espresion completa y constituye la ciencia.

El cultivo del lenguaje entra como una parte esencial en el de nuestra razon, porque es el medio de su perfeccion.

La *Gramática* general, la *Retórica*, la *Poesía*, son inseparables del estudio del pensamiento—y debemos felicitarnos de que en el nuevo programa universitario, habilmente concebido por su ilustrado Rector, entren ellas á formar parte de los conocimientos que constituyen la ciencia.

Mas el conocimiento nos ha mostrado el *bien*, y todas nuestras tendencias son hácia él. Aquí ha comenzado un nuevo estudio, ó una nueva faz del estudio de la inteligencia—el *Bien*.—Pero ¿qué es el bien? ¿Cuál es su esencia, cual su naturaleza? Podria decirse que es *lo único*, *lo absoluto*; pero se comprenderá mejor si decimos que es el *Orden*. El *Orden* no solo como objeto de conocimiento sinó el *Orden* en accion y dirigiendo la accion misma.

El bien es eterno, es universal y por consiguiente es necesario, ó para hablar como Aristóteles: «el bien es lo inteligible, es la verdad, objeto del entendimiento por escelencia.»

Como es inteligible es «tambien deseable» no lo concebimos sin amarlo; y nada amamos sinó por él.

Presentándose lleno de dulzura y de consuelo cuando sus principios son obedecidos, es terrible y amenazador cuando aquellos se olvidan ó se desprecian.

Es respetable y sagrado; atrayendo obliga: tiene en sí mis-

mo la sancion, reviste un carácter de soberania completa y absoluta.

Tal es la esencia del bien. Busquemoslo en sus manifestaciones, y es fácil observarlo en el universo «en el hombre» y sobre todo en Dios.

Si estudiamos la fórmula de sus preceptos la encontraremos en el cultivo de nuestra inteligencia, de nuestra sensibilidad y de nuestra libertad. En el cuidado de nuestro cuerpo y de la naturaleza. En el respeto de la libertad de nuestros semejantes «en el auxilio que les prestemos para cumplir su destino» que resume todos sus derechos.

Y finalmente en la adoracion y aspiracion á Dios, que es el principio y el término de toda perfeccion.

¿No es este, señores, el bosquejo de todos nuestros trabajos, de nuestras largas tareas?

Pero ellas no han debido cerrarse sin recurrir á la historia, para comparar nuestros juicios, con el juicio de los que nos han precedido en este mismo camino, para confirmarnos ó modificarnos por ese medio; para comprender en fin por el estudio de los sistemas, las leyes jenerales que sigue la inteligencia en su desarrollo y su perfeccionamiento.

La consecuencia que hemos deducido, y en que podemos confiar con seguridad, es que la ciencia aun no ha llegado á su término, no está acabada. Pero que ella marcha, y cada jeneracion que viene, añade algo á lo que le fué legado por la que le precedió. En resumen, que la ley de la Humanidad es el progreso y á él debemos propender individual y colectivamente; ese es nuestro fin, ese nuestro destino.

Esta conviccion merece bien los esfuerzos que hemos hecho para llegar á ella.

Nada mas debo agregar en este momento respecto de la ciencia.

Permitidme que cuando por última vez os hablo desde este lugar, pensamiento que me conmueve y aflige, os felicite porque entráis á la vida, en una época en que la civilizacion se difunde prodijiosamente, la inteligencia domina todo, y la razon impera triunfante sobre la humanidad.

Pensad en el rol que os corresponde — ir siempre adelante: — detenerse es retrogradar; — El porvenir es vuestro; no desfallecais.....

En situacion idéntica á la presente, decia á mis discípulos, hace 40 años: «Os dejo como vuestro catedrático, pero os acompañaré siempre, bajo otro titulo, mucho mas interesante, y que será mi gloria: — el de vuestro amigo.»

Lo que aun me resta de una pobre inteligencia, que cada dia decae, será siempre vuestro, por una afeccion que nada hará variar.

Os agradezco vivamente la cooperacion que me habeis prestado en el desempeño de la honrosa mision que se me confi6; y os pido como una compensacion á mis fatigas, escuseis los defectos en que haya incurrido.

Mi corazon no ha tenido parte en ellos. Reservadme un lugar en el vuestro: mantened en él un sentimiento de amistad, y que al dejar de ser lo que hoy, cuente siempre un recuerdo póstumo.

Noviembre 29 de 1866.

